

Psicoanálisis Transdisciplinario

Cecilia Sinay Millonschik

En primer lugar, quiero transmitirles lo que entiendo por Transdisciplina. Para empezar, diría que es la recíproca de lo que llamamos Psicoanálisis Aplicado. Se trata, no de aplicar a otro campo lo que sabemos del nuestro; sino de repensar el nuestro a partir de lo que nos aporta otra rama del quehacer humano. Es un asunto muy amplio pero, en esta oportunidad, trataré de compartir con ustedes las reflexiones a las que me ha llevado pensar, transdisciplinariamente, el cruce entre Etología y Psicoanálisis. Lo digo así, porque cualquier disciplina, no sólo el Psicoanálisis, puede aplicarse a otra. El concepto y las hipótesis teóricas en relación con el Apego, que nosotros conocemos, es Etología Aplicada al Psicoanálisis. Esta afirmación no implica ninguna valoración acerca de ese método, sólo señalar que lo que me propongo es algo diferente.

Intentaré, ahora, esbozar lo que me propongo.

Darwin (a mi juicio etólogo antes de la etología) concluye que las especies que han sobrevivido son las que han resultado mejor adaptadas a lo largo de la evolución. El humano, tal como somos actualmente, es –aparentemente- una especie que ha sobrevivido. O sea, que está conformada de modo tal que ha logrado permanecer con éxito en su tiempo de evolución. Qué quiere decir de modo tal. Eso quiere decir algo muy complejo. Pero, para poder llegar a algún lado en esta presentación, no me queda más remedio que esquematizar. Y de lo que voy a intentar ocuparme es de tratar de responder al interrogante que siempre se me presenta cuando pienso en estos asuntos: ¿Qué función cumple el Psiquismo en la capacidad de adaptación humana?

Mi hipótesis es que el Psiquismo desempeña un papel importante como articulador, bisagra, buffer, o algo así, entre el Cuerpo y la Capacidad de Abstracción.

Por alguna razón desconocida, el humano tiene una capacidad de abstracción única en el reino animal. No sabemos qué es lo que hizo que esto sucediera (“fulguraciones”, lo llama Lorenz) pero, así como hay animales que

vuelan, otros que nadan, algunos que reptan, etc., el hombre es un animal que piensa. Piensa muchísimas cosas, pero la que aquí me interesa especialmente es que es capaz de pensar en cosas que serían fuente intolerable de angustia. Puede pensar que es frágil y mortal, puede pensar en su devenir y en su futuro, puede pensar en las estrellas y en el Cosmos, puede pensar hasta concebir la noción inconcebible de infinito, puede pensar que nunca conocerá cosas muy deseables de ser conocidas y centrales para saber de sí y de su Universo...puede pensar...puede pensar...

Para mí, los dos conocimientos que más pueden desesperar al hombre son el de su desconocimiento y el de su fragilidad y finitud.

Y es aquí donde creo que entra a jugar el Psiquismo, al que no sé si colocar en el terreno de la capacidad de abstracción, del cuerpo, de los afectos, o como alguna especie de red entre todo ello. Lo que sí tengo claro es qué función creo que cumple.

Me parece que el Psiquismo es como una especie de pupila que se abre o se cierra de acuerdo con el grado de conocimiento que podemos tolerar sin desintegrarnos o sucumbir. Sabemos- no sabemos cantidades de información. Sabemos- no sabemos que hoy puede ser nuestro último día, pero eso no nos impide decir “hasta mañana” o “el año próximo haremos...”. Sabemos- no sabemos que moriremos, como así también nuestros hijos y nuestros nietos, pero eso no nos impide tenerlos, cuidarlos, disfrutarlos, educarlos, padecerlos, pensarles un futuro...Sabemos- no sabemos que hay dos sexos, pero eso no nos impide albergar un número cada vez mayor de sexualidades. Sabemos- no sabemos que no somos los Reyes de la Creación, pero eso no nos impide hacer cantidad de experimentos, más o menos buenos, más o menos malos... La lista podría continuar.

El Psiquismo es el artífice que se las tiene que ver con este saber- no saber y con alguna dosis o proporción de las partes en ese juego dialéctico.

Ahora quiero hablar de algunas concepciones teóricas y clínicas que se ven modificadas si incluimos este punto de vista.

Si pienso en pupila, no estoy pensando en represión. No estoy pensando en sadismo ni en culpa ni en pulsiones contrapuestas. Estoy pensando en que lo que no está presente (llamémoslo consciente) es porque la pupila se ocupó

de no dejarlo entrar o de distorsionarlo lo suficiente como para que sea tolerable.

Todos los mecanismos de defensa me parecen solidarios con esta tarea. Saber- negar es un gran consuelo. También un gran riesgo. Creo que el humano, si no nos cae encima un asteroide que nos parta en pedazos el Planeta, o alguna otra catástrofe cósmica, va a desaparecer (todas las especies desaparecen) por suicidio (contaminación, hambrunas, destrucción del *hábitat*, exceso incontrolable de tecnología, modificaciones genéticas, mercados, robots, caras impresas en 3D, desocupación, y otras cosas que, ahora, tal vez no podamos siquiera imaginar. Otras veces, en cambio, pienso que el hombre va a ser capaz de predecir algún evento catastrófico y evitarlo, salvando así a su especie, a las que aún queden en pie en el Planeta y al Planeta mismo. Así de compleja me resulta su mezcla de negación, omnipotencia, búsqueda incesante de conocimiento y belleza, denodado tesón, pese a saber que el asunto no tiene solución.

Pero su suicidio como especie, así como el individual, no lo veo como un producto de su destructividad sino de no poder tolerar ser objeto de tanto y tan difícil interjuego entre su enorme cabezota y su cuerpito enclenque. Siempre lo pienso como un feto que, cóncavo, se mira y se dice: “¿y esto qué es?”. El suicidio es, a mi juicio, “el triunfo sobre la Muerte”, ya que el suicida no muere, se mata. Es Sujeto, Dueño, no Objeto de su Destino. Triunfo trágico, obviamente, como la misma existencia humana. Eso de vivir sin saber cuál es el sentido de la vida, si lo tiene, y no dejar de pensarlo. Puede vivir, aun sin saber si la vida tiene sentido; es capaz de preguntárselo, de buscárselo, de construirlo y hasta de conseguirlo. También, a veces, puede no encontrarlo, perderlo y abandonar.

Todo esto tiene, también, implicancias clínicas. Me cuesta mucho albergar criterios de Salud o Enfermedad con un paciente que acude a mi consulta. Porque eso incluiría suponer que sé algo que ignoro: si es mejor vivir así o asá. Sí sé que debo ser sumamente respetuosa y prudente con los mecanismos que esa persona ha puesto en juego hasta acá para sobrevivir. También sé que si me consulta es porque esos mecanismos no le sirven del todo o han dejado de servirle para lo que busca y que el sufrimiento que atraviesa es mayor que el sosiego. Tengo que intentar averiguar con él o ella (todavía adherida a la idea

de que hay dos sexos) qué pasó, cómo fue qué pasó y qué podemos hacer para que las cosas cambien (en el sentido de menor sufrimiento).

Creo que queda claro, pero me parece bueno explicitarlo, que de ninguna manera pienso que la sexualidad y todas sus constelaciones sean el eje de nuestro quehacer psíquico. También quiero decir que creo que cada quien, en su existencia personal, alberga saberes- no saberes y escotomas múltiples, vinculados con lo que para cada quien ha sido insoportable en el devenir de su propia historia.

Quiero, también, transmitirles que, si bien pienso todo lo que acá escribí, no le asigno carácter de Verdad. Sí sé que me siento sintónica con este pensamiento y que armoniza muchas de las cosas que he estudiado (Medicina, Psicoanálisis, Etología, Antropología, Filosofía, Teatro...) y con la vida misma (o lo que ella es para mí). Pero, obviamente, creo que cada quien puede llegar a ese lugar de manera propia y, cada uno, de una manera diferente a la de otro. Sí quiero decir que esto, para mí, también cuestiona el carácter de Verdad de cualquier otro marco teórico. Todo lo que tenemos son Modelos Teóricos.; no Verdades o Cosas. No existen el Superyo, ni el Inconsciente, ni la Pulsión de Muerte...son Modelos Teóricos producto, también, del atravesamiento de otras manifestaciones del pensar humano. A veces son Religión Aplicada, Ética Aplicada, Mitología Aplicada, otras disciplinas aplicadas o, todo ello utilizado (a sabiendas o no) transdisciplinariamente.

Creo, además, que cada pensador es el resultado de su ser, de su historia y de la Historia del tiempo en que le ha tocado vivir.

Y, tal vez, quién lo sabe, del Azar.

Descriptores: etología- miedo a la muerte- filogenia- mecanismos de defensa.

Bibliografía

- Darwin, Ch. *El origen de las especies por la selección natural*. Madrid: Librería Bergara, 1936.
- *El origen del hombre*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1939.
- Dawkins, R. *El gen egoísta*. Barcelona: Labor, 1979.
- Eibl-Eibesfeldt, I. *Amor y odio*. México: Siglo XXI, 1977.
- *Etología*. Barcelona: Omega, 1974.
- Fletcher, R. *El instinto en el hombre*. Buenos Aires: Paidós, 1982.
- Freud, S. *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948
- Kacelnik, A. *Sexualidad y biología*. Psicoanálisis (Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires), vol. XVI, n°2, 1994.
- Kuhn, T.S. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Lacan, J. *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1976.
- Lorenz, K. *La otra cara del espejo*. Barcelona: Plaza y Janés, 1974.
- *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo XXI, 1978.
- y Leyhausen, P. *Biología del comportamiento: raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad*. México: Siglo XXI, 1979.
- Monod, J. *El azar y la necesidad*. Barcelona: Tusquets, 1981.
- Montagu, A. *La naturaleza de la agresividad humana*. Madrid: Alianza, 1978.
- Morin, E. *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairós S.A., 1974.
- *El paradigma perdido*. Barcelona: Kairós, 1974.
- Morin, E. *El método*. Madrid: Cátedra, 1994
- Nagel, E. *La estructura de la ciencia*. Buenos Aires: Paidós S.A.C.I.F., 1968.
- Popper, K.R
y Eccles, J.C. *El yo y su cerebro*. Barcelona: Labor, 1980.
- Sinay Millonschik, C. *Psicoanálisis y Shamanismo*. Buenos Aires: Letra Buena.1991.
- *El Psicoanálisis, esa conjetura*. Buenos Aires: Paidós. 1993.
- *El Andrógino*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano. 1996.
- Snow, C.P. *Las dos culturas y un segundo enfoque*. Madrid: Alianza Editorial, 1977
- Thorpe, W.H. *Naturaleza animal y naturaleza humana*. Madrid: Alianza, 1980.
- Wilson, E.D. *Sociobiología. La nueva síntesis*. Barcelona: Omega, 1980.

ETOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS

B. Miguel Leivi

Deseo ante todo agradecer la invitación a participar en este diálogo con Cecilia e Inés, diálogo transdisciplinario e interteórico que me resulta sumamente interesante y motivador. Este pequeño escrito también está concebido como un diálogo con los escritos de ellas, que he podido leer con anticipación.

Comparto con Cecilia la idea acerca de la importancia de un enfoque transdisciplinario, no sólo para aplicarlo a aquellos campos de lo real que no admiten el encierro en una disciplina cualquiera sino también para utilizar, si corresponde, los saberes de una de las ciencias en alguna otra, a la que puede aportar desde conocimientos hasta modelos heurísticos e intelectuales, ya sea para enriquecerla o para corregir posibles errores en sus planteos y sus desarrollos. Y también, *last but not least*, para *“repensar lo nuestro a partir de lo que nos aporta otra rama del quehacer humano”*. Porque el diálogo con otras disciplinas, así como con otros enfoques teóricos dentro de nuestra disciplina, también permite encontrar correlaciones y establecer diferencias, y obliga a corregir, modificar o precisar conceptos propios, otras tantas vías para un intercambio productivo.

Se trata, en esta ocasión, del diálogo posible en la interfase entre psicoanálisis y etología, ciencia joven en su formalización que abarca, según su teórico más destacado, Konrad Lorenz, un área de fenómenos de lo real parcialmente compatible con el psicoanálisis: *“la etología es la aplicación, al comportamiento de los animales y del hombre, de todos los métodos que se utilizan, desde Charles Darwin en adelante, en todas las demás ramas de la biología”* (Laurent, E., 1977). No son pocas las disciplinas que se ocupan, desde distintas perspectivas, de diferentes aspectos de la conducta o el comportamiento, aunque no todas postulan la aplicación de sus métodos – que son, en el caso de la etología, los de la biología – tanto a los animales como a los seres humanos en forma equivalente; no es ése el caso, entre otros, del psicoanálisis, cuyos métodos sólo son aplicables a las distintas formas del comportamiento humano y no son, ciertamente, los de la biología. Pero más allá de lo metodológico, ¿qué aportes podrían tomarse para el psicoanálisis desde la

etología, sea para incorporarlos como conocimientos, sea para repensar lo nuestro a partir de ellos?

Un buen punto de partida puede ser el principio darwiniano de la supervivencia de las especies mejor adaptadas a su medio, que menciona Cecilia; después de todo, la preservación de la vida del individuo y de la especie (instintos de conservación y sexuales) es un principio básico de todo enfoque biológico o etológico. Es por esta razón que una hipótesis psicoanalítica como la de la pulsión de muerte resulta “*extraña a la biología (y) es para el etólogo no sólo innecesaria sino falsa*” (Lorenz, K., 1971). Pero aún dejando de lado por el momento la pulsión de muerte – que marca otra divergencia entre etología y psicoanálisis pero que no todos los psicoanalistas sostienen (“*es uno de los conceptos más controvertidos de la teoría psicoanalítica*”, señala Inés) –, la supervivencia de la especie humana, “*una especie que ha sobrevivido*” (Cecilia), no deja de resultar un enigma, ya que es difícil concebir una especie que esté menos adaptada al medio, que cuente con menos recursos biológicos para sobrevivir, que la especie humana: si hay algo que la caracteriza, ello es la *Hilflosigkeit*, la inermidad, la indefensión neonatal del cachorro humano, que no necesita de ninguna tendencia interna hacia la muerte como para estar irremediablemente condenado, si alguien – ¿madre? – no se hace cargo de él hasta en sus más mínimos aspectos. ¿Habrá que poner entonces la dotación instintiva, sexual y de conservación, del lado de la madre, bajo la forma de un hipotético *instinto maternal*? Porque el concepto de instinto es central en todo enfoque biológico y etológico¹. Nada más incierto: no sé si hay alguien, dentro o fuera del psicoanálisis, que sostenga la presencia de una disposición instintiva – en el sentido fuerte que *instinto* tiene en cualquier enfoque biológico – en un ser humano que, por ese motivo, cumplirá la función de *madre*. En cualquier caso, innumerables hechos clínicos o de observación parecen desmentirlo.

¿Cómo actúa un instinto? Es éste un interrogante demasiado amplio, y sólo podré señalar lo que pienso en algún aspecto de lo que nos ocupa. Actúa regulando la relación entre un organismo y su entorno cuando surge alguna necesidad interna o algún estímulo exterior que lo ponga en movimiento, y

¹ “*Me daba cuenta de que los diferentes movimientos instintivos de pavoneo podían ser comparados con los mismos métodos. Lo que significaba la existencia y el descubrimiento de los ‘movimientos instintivos’.* He allí el punto fundamental a partir del cual se desarrolló la etología” (Laurent, E., 1977).

desencadena una secuencia fija y articulada de conductas, la misma para cada especie. Los estímulos desencadenantes, sean internos o externos, son imágenes sensoriales también específicas: las vinculadas con el objeto sexual, con el objeto de satisfacción de alguna necesidad, con el objeto predador: el objeto para comer, el objeto para coger, el objeto para huir de él. No se trata del objeto en tanto real, sino de alguna imagen sensorial vinculada con él; por eso la investigación etológica permite, una vez descubiertas las imágenes eficaces, “engañar”, a la manera del flautista de Hamelin, a los comportamientos instintivos, presentándole al animal esa imagen – un cierto aroma, un sonido determinado, alguna forma visual, etc. – desvinculada del objeto al que supuestamente remitiría en la naturaleza. De este modo, por la magia del *imprinting*, Konrad Lorenz resultó ser la “madre” de una nidada de gansos². Pero, de no mediar la intervención perturbadora del ser humano, el animal se conduce, con esos elementos, de manera satisfactoriamente adaptada a su medio, y tiene todos los recursos para orientarse en su mundo y luchar por su supervivencia³. Los instintos suponen esa dotación de imágenes y conductas específicas, innatas, no aprendidas, que median entre el organismo y el entorno.

¿Son así las cosas en el ser humano? Pienso que no. La dotación instintiva humana es muy problemática, y creo que le iría muy mal a cualquier congénere que se condujera en el mundo confiando ciegamente en sus instintos. También la provisión de imágenes específicas es muy pobre, casi inexistente, en el ser humano: el infante humano no sólo no puede procurarse, debido a su prematurez, lo que necesita o lo que desea, sino que ni siquiera sabe qué es lo que necesita o lo que desea. A diferencia de los animales, carece de esas imágenes instintivas que podrían orientarlo en lo real: la del objeto de necesidad, la del objeto hostil, la del objeto sexual. La propia constitución del deseo se organiza, según Freud, no alrededor del objeto adecuado, sino alrededor del objeto perdido: el deseo es la añoranza de lo que supuestamente se tuvo, que está perdido y que es irrecuperable, sin importar si es adecuado o no, específico o no, satisfactorio o no. No casualmente Freud señala que el objeto

² “Es muy fácil criar aves que nos consideren como un padre. Incluso cuando llegan a ser independientes y se casan continuarán mirándonos como a un miembro de su propia especie” (Laurent, E., 1977).

³ “El animal hace coincidir un objeto real con la imagen que está en él [...] En ese momento se desencadenarán comportamientos que guiarán al sujeto hacia su objeto, por intermedio de la imagen” (Lacan, J., 1954).

*“es lo más variable de una pulsión **y no está originalmente conectado con ella**⁴ sino que se une a ella sólo como consecuencia de ser particularmente adecuado para hacer posible la satisfacción”* (1915). Dicho de otro modo: no hay imagen de un objeto específico, innato, propio del instinto; el objeto humano es totalmente contingente.

El campo de las imágenes – el orden imaginario, para Lacan – funciona en el ser humano de manera distinta a la del animal. Es posible reconocer en él una sola imagen específica o, mejor dicho, una protoimagen, un molde en el que caben muchas imágenes, las que dan cuenta de su variedad y su mutabilidad: la imago del cuerpo completo, reflejada en el espejo o en la imagen del otro semejante, en la que el sujeto podrá reconocerse como “yo”. A esto se refieren los desarrollos de Lacan acerca del estadio del espejo (1949), que pueden considerarse, desde esta perspectiva, como un estudio de etología humana. Pero esa imagen del cuerpo cumple para el ser humano una función diferente a la que tienen las imágenes en el mundo animal: le permite, al coordinarse e identificarse con ella, organizar su incoordinación motriz, adelantándose a la maduración neuronal de su organismo, en un proceso que seguramente no se observa en los animales, los que no necesitan mirarse al espejo para unificar su motricidad. Así se producirá la primera identificación imaginaria, que constituirá la instancia del yo, ese *“nuevo acto psíquico”* al que se refiere Freud en su *Introducción del narcisismo* (1914). El narcisismo, en tanto catexis libidinal del yo, encuentra así su mejor representación. ¿Qué dirá la etología de la necesaria constitución del yo humano y del narcisismo, si es cierto que *“el yo está estructurado exactamente como un síntoma, no es más que un síntoma privilegiado en el interior del sujeto. Es el síntoma humano por excelencia, la enfermedad mental del hombre”* (Lacan, J., 1954)?

Todo esto, como es obvio, no resuelve la cuestión de la supervivencia humana. El sujeto humano dispone ahora de un yo imaginario alrededor del cual se organiza, pero queda completamente sujetado a esa imagen – sea la imagen propia en el espejo o la de su semejante –, que es su yo, de la que no puede apartarse ni un instante a riesgo de volver a desintegrarse imaginariamente. Es como si estuviera condenado, justamente como Narciso, a mirarse

⁴ Destacado mío.

eternamente en el espejo, sin poder alejarse de él y sin poder procurarse algún objeto que lo satisfaga, algo para lo cual sigue careciendo irremediabilmente de cualquier imagen orientadora. Por ese motivo, la primera emergencia del objeto, el primer objeto, también imaginario, al que se dirige, es a aquello que tiene el otro, el semejante: no importa si sirve para algo o si satisface algo, se lo desea solamente porque lo tiene el otro, ese otro con el cual el sujeto está identificado narcisísticamente porque lo ve completo e integrado. Es algo de lo cual la observación de niños pequeños brinda innumerables ilustraciones. Este encierro no tiene salida por la vía de lo imaginario, y condena al ser humano a una oscilación sin salida entre la identificación y la lucha a muerte hegeliana con el otro. En este lugar metapsicológico, el del narcisismo, ubica Lacan la destructividad, la agresividad humana, desvinculándola de la pulsión de muerte, a la que dará otro lugar teórico: *“la agresividad es la tendencia correlativa del modo de identificación narcisístico”* (1948). La catexis libidinal de ese otro imaginario con quien el sujeto se identifica constituyendo su yo – narcisismo – tiene, como contrapartida inevitable, la lucha a muerte con ese otro – agresividad –, lucha cuya consecuencia es, junto con la destrucción del otro, la pérdida de la identificación yoica. Callejón sin salida del campo imaginario humano.

¿Cómo se puede concebir una salida? Cecilia señala que *“el hombre es un animal que piensa”*, que *“tiene una capacidad de abstracción única en el reino animal”*, y encuentra allí alguna posible clave para la supervivencia humana. Agregaría a esto, que comparto plenamente, que el ser humano piensa y tiene capacidad de abstracción porque es un animal que habla, porque dispone de un lenguaje que es diferente de los lenguajes animales, aunque me resulte totalmente imposible hacer cualquier suposición acerca de cómo llegó a él. Los lenguajes animales consisten básicamente en señales⁵ que provocan respuestas conductuales inmediatas; o quizá, en el mejor de los casos, en signos que remiten, cada uno, a un significado fijo último, como podría ser el caso de los reflejos condicionados del perro de Pavlov. El lenguaje humano es, en cambio, un lenguaje de significantes, y la relación de éstos con el significado que pueden transmitir o producir no es ni inmediata ni unívoca: un

⁵ *“La señal provoca una determinada reacción, pero no implica ninguna relación de significación. La comunicación de los animales se reduce habitualmente a señales”* (Ducrot, O. – Todorov, T.).

significante puede remitir a innúmeros significados posibles, y cualquier significado puede ser expresado por multiplicidad de articulaciones significantes, abriéndose así a un número infinito de combinaciones posibles. Esto le permite al cachorro humano, cuando se apodera de la partícula lingüística vacía “yo”, que cualquiera puede utilizar para designarse a sí mismo, liberarse de la sujeción al espejo y de la alienación en el otro – ahora “tú” –, sin fusionarse con él, sin tener que destruirlo y sin desintegrarse, accediendo así a la subjetividad – lo que implica, entre otras cosas, ser sujeto de la propia palabra –, para poder articular su deseo, para nombrar un objeto cualquiera, sea existente o inexistente – pero al que hará existir por el solo hecho de nombrarlo –, un objeto que ya no tiene por qué ser inevitablemente el objeto del otro, a quien hay que quitárselo. Y es así como, a partir de su propia inadecuación, de su propia inadaptación en tanto especie, a partir de su propia carencia de imágenes objetales específicas, el mundo humano se poblará, a través del ejercicio de la capacidad de hablar, de infinidad de objetos que satisfarán – de manera insatisfactoria, por cierto – sus deseos, deseos que también derivarán de su condición de hablante más que de su condición de animal biológico. Y hará también existir infinidad de objetos que no tienen otra existencia más que la que deriva del hecho de nombrarlos. ¿Dónde está si no ese bien tan preciado que es la *libertad*, sin el cual la vida es imposible para mucha gente, que está dispuesta a sacrificarla para conseguirlo, sino en la posibilidad misma de nombrarla?

Creo que es por este lado que hay que buscar alguna respuesta al enigma de la supervivencia de la especie humana, en la articulación de biología y lenguaje. En tanto animal, el ser humano es un trozo de vida inviable por sí misma, que es capturado en un orden de fenómenos que responde a otra lógica, a otra legalidad diferente de la de la biología: la del orden de lo simbólico que, apoderándose de ese animal humano, lo fuerza a funcionar de acuerdo con sus propios mecanismos, algo que fue brillantemente demostrado por Freud en un escrito tan temprano como el *Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas* (1893)⁶, humanizándolo en ese proceso. Es

⁶ “La lesión en las parálisis histéricas debe ser completamente independiente de la anatomía del sistema nervioso, ya que en sus parálisis y otras manifestaciones la histeria se comporta como si la anatomía no existiera o como si no tuviera conocimiento de la misma [...] toma los órganos en el sentido ordinario, popular, que ellos reciben: la pierna es la pierna hasta su inserción en la cadera, el brazo es el miembro superior tal como es visible bajo la ropa” (Freud, S., 1893).

en esta incidencia mortificante del significante – el cual no es del orden de la vida, orden del que se ocupa la biología – sobre el cuerpo en tanto puro soma donde Lacan ubica la operación de la pulsión de muerte, que queda desvinculada – como ya lo señalé – de la destructividad, de toda búsqueda activa de la muerte. *“Cuando Freud habla de instinto de muerte designa, felizmente, algo menos absurdo, menos antibiológico y anticientífico [...] No (se trata de) la muerte de los seres vivientes, sí de la vivencia humana, el intercambio humano, la intersubjetividad. En lo que observa del hombre hay algo que le obliga a salir de los límites de la vida [...] Sólo fragmentada, descompuesta, queda prendida la vida en lo simbólico. El propio ser humano está en parte fuera de la vida, participa del instinto de muerte. Sólo desde ahí puede abordar el registro de la vida”* (Lacan, J., 1955). No es sorprendente que un eminentemente etólogo como Konrad Lorenz no necesite hacerle lugar para conceptualizar su trabajo en el campo de la etología animal, en la que la incidencia significativa no tiene lugar. La vida en tanto humana sólo es concebible, en cambio, en la fusión, en la compleja articulación, de vida biológica y muerte simbólica.

¿Hay algo de los interesantes desarrollos de la etología que pueda aplicarse al ser humano? Sin la menor duda: abarca todo un amplio y rico campo de fenómenos vinculados a lo imaginario, que en el caso humano está indisolublemente ligado al funcionamiento yoico y las configuraciones narcisísticas, desde los fenómenos de masa hasta las manifestaciones ligadas al enamoramiento, pasando por las rivalidades, competencias e identificaciones intersubjetivas, así como por todo el conjunto de recursos que la publicidad utiliza tan eficazmente para inducir determinadas conductas. El psicoanálisis los toma ciertamente en cuenta, pero no es ése su campo propio de trabajo ni son ésos sus métodos, ya que apunta a hacer pasar todo por el plano discursivo, reduciendo al mínimo la incidencia de lo imaginario en su labor, y abordando los comportamientos en su valor significativo y no en sus efectos imaginarios. Encuentro ahí también una diferencia fundamental con el enfoque etológico.

Palabras clave: psicoanálisis – etología – instinto – lenguaje – pulsión de muerte

BIBLIOGRAFÍA

Ducrot, O. – Todorov, T. – *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Siglo Veintiuno, México, 1974.

- Freud, S. – *Algunos puntos para un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas* (1893). En: S.E., vol. I, London, 1975.
- – *Introducción del narcisismo* (1914). En: S.E., vol. XIV, London, 1975.
- – *Pulsiones y sus vicisitudes* (1915). En: S.E., vol. XIV, London, 1975.
- Lacan, J. – *La agresividad en psicoanálisis* (1948). En: *Escritos II*, Siglo Veintiuno, México, 1975.
- – *El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En: *Escritos I*, México, 1972.
- – *El Seminario, Libro I: Los escritos técnicos de Freud* (1954). Paidós, Barcelona, 1984.
- – *El Seminario, Libro II: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (1955). Paidós, Barcelona, 1984.
- Laurent, E. – *El pensamiento de Konrad Lorenz*. Huemul, Buenos Aires, 1977.
- Lorenz, K. – *Sobre la agresión: el pretendido mal*. Siglo Veintiuno, México, 1971.

APdeBA - Simposio 2014

La violencia del dolor

Inés Vidal

El escribir mi contribución para este panel me ha permitido abordar una deuda pendiente -conmigo misma- desde hace muchos años. Fue en ocasión de mi participación en un otro panel, un Congreso de la IPA sobre Trauma, donde concluí planteando que la clínica de lo traumático conducía a destacar el lugar central del dolor en la economía y en la dinámica psíquicas. Desde entonces data mi deseo de poder desarrollar esta afirmación que creo ahora poder enmarcar mejor. No aportaré aquí conceptos nuevos, sí el intento de reafirmar una lectura de determinados fenómenos clínicos desde esta referencia central al lugar del dolor y el sufrimiento en su determinación. Abordar este tema nos introduce de lleno en el núcleo de los desafíos planteados por la clínica actual. El avance del campo del psicoanálisis sobre los territorios del “más allá” de las neurosis nos confronta permanentemente con los límites de la mentalización. Enfrentamos la problemática de la distancia- muchas veces infranqueable- entre lo pensable y lo impensable y de los límites del poder de transformación de la palabra a través de la puesta en representación.

Ubico al dolor psíquico, considerado en su sentido específico, dentro del orden de lo no- representable , de la no-figurabilidad. En términos económicos, se trataría de una demasía de excitación que conduciría a una efracción de los sistemas protectores.

Intentaré en mi ponencia revisar la conexión entre las experiencias de dolor - en su cualidad de implosión traumática y amenaza de muerte psíquica - con los violentos mecanismos de defensa que ,reactivamente , pone en juego. La lucha por la sobrevivencia aparece aquí en toda su intensidad, incluso muchas veces marcada por la destructividad.

Me interesa en especial contraponer la idea de mecanismos de supervivencia frente al dolor con las teorías acerca de una destructividad primaria , expresión directa de la pulsión de muerte. En este punto los diferentes modelos teóricos pueden llevar a abordajes clínicos muy diferentes , sino contrapuestos.

I – **Sufrimiento , angustia y dolor**

“El dolor es un sufrimiento que no ha encontrado a quien lo viva” M. Schneider.(citado por T.Bokanowsky)

“El dolor sería un germen de afecto en busca de representación” (A.Barbier)

El sufrimiento y el dolor, forman parte de la condición humana. Desde sus comienzos el psicoanálisis intentó descifrar su naturaleza y centró sus objetivos terapéuticos en la búsqueda de alivio. Propone aumentar la tolerancia al sufrimiento en la confianza, compartida por paciente y terapeuta, de alcanzar así posibilidades de cambio y crecimiento psíquicos que sean liberadores del encierro en círculos repetitivos. Sin embargo, a menudo, la clínica nos confronta con dolores inabordables que provocan reacciones paralizantes del trabajo psíquico y de la toma de conciencia .

Comenzaré por retomar los vínculos y distinciones , ya establecidos por muchos autores, entre el dolor y otras sensaciones en la línea del *displacer*, en especial el sufrimiento y la angustia. Como fundamento metapsicológico tomaré en especial dos referentes. En primer lugar, la heterogeneidad estructural del aparato psíquico en cuanto a la coexistencia dentro de él de dos regímenes económicos diferentes : el principio de *placer-displacer* y el “más allá” de un principio del *placer*. Ambos principios , en sus interacciones, dialécticas o conflictivas , regulan los pasajes entre los procesos primario y secundario. De esta articulación, denominada por Green *proceso terciario*, dependerá la cualidad de los mecanismos de figurabilidad y de simbolización.

- El segundo referente será la concepción de la vida y el desarrollo psíquicos como sólo posibles de advenir a “*ser*” a partir del encuentro con el objeto y el desarrollo de las identificaciones.

El sufrimiento se sitúa en el registro del *placer-displacer* y es del orden de lo representable. Resulta de los conflictos suscitados por las exigencias pulsionales y narcisísticas en el encuentro con sus objetos , tanto internos como externos .

La articulación intrínseca entre la tolerancia al sufrimiento y el nacimiento a la capacidad de pensar pareciera signar nuestro destino sufriente de seres humanos . Sería la marca originaria de una falta fundamental ,a la vez que generadora de la vida psíquica. La tolerancia al sufrimiento connota la

capacidad de invertir un cierto estado de tensión, de malestar interno. Poder contener un tiempo de latencia en el que la necesidad insatisfecha devendría deseo. La vida psíquica, o el deseo de vivir, serían una persistencia en ese estado deseante.

Desde el inicio somos asaltados por la realidad de nuestra inermidad. La vida entraña ausencias y pérdidas, reales o fantasmáticas, que la mente intenta poder soportar sin quedar desgarrada. La angustia señal funciona aquí como defensa. Al igual que el sufrimiento, mantiene lazos con el mundo de las representaciones y de las fantasías que renvían a la culpa y a la sexualidad edípicas.

- Por el contrario, el dolor, sería aquel punto en el que un sufrimiento deviene intolerable; una respuesta a una fractura a nivel de los límites del cuerpo y de la psiquis que nos renvía a nuestra finitud esencial.

Cuando la frustración o el desamparo adquieren estas intensidades intolerables la angustia alcanza manifestaciones extremas y desorganizativas, del orden de la angustia automática, del "Mas allá.", propio del dolor. No sería aquí un peligro vivido en el seno de la vida psíquica, sino un peligro que amenaza su continuidad misma, el horror a la Nada.

El dolor no es representable en sí mismo, permanece mudo, sería el trauma "puro". Sólo se manifestará a partir de sus consecuencias, el despliegue de violentas contracargas.

La vida psíquica en peligro- Los mecanismos de sobrevida

El esfuerzo de la mente por su propia supervivencia constituiría un principio básico de la vida psíquica. Frente a las vivencias aniquilantes del sí-mismo antes descritas los mecanismos de sobrevida constituyen la última protección contra el dolor intolerable de la impotencia o la desesperación.

Frente a esa irrupción desorganizadora e imposible de ser contenida, aparece como único recurso la evacuación por medio de mecanismos violentos que movilizan la totalidad de la psiquis. Son defensas negativizantes: clivaje, desmentida, somatización, forclusion u identificación proyectiva - así como destructivas de la vida psíquica: desinvertimiento y desobjetalización.

Dadas su intensidad y violencia, pueden adquirir en sí una cualidad destructiva. A la vez que buscan la sobrevida, el ataque a los procesos de

integración psíquica los transforma en obstáculos a la vida misma. Cuanto más amenazada se sienta la mente más intensa será la expulsión, aún a costa de la amputación de sí-misma. Así mismo, a mayor fragilidad narcisística mayor será la violencia desencadenada.

El modelo de los mecanismos de sobrevida como reacciones defensivas ante una amenaza de aniquilación total, permite concebir la aparición de la destructividad por fuera de una violencia originaria o de una bipolaridad esencial de las pulsiones. Aquí la violencia expresa fundamentalmente la energía de la desesperación, es el común denominador de las múltiples consecuencias del clivaje precoz.

Dolor y pulsión de muerte.

Me propongo revisar las oposiciones, así como también las conexiones, entre diferentes modos de abordaje a los fenómenos de la destructividad psíquica. Básicamente existen dos líneas explicativas. Se trataría de manifestaciones derivadas del instinto de muerte, o nacerían en vinculación con el dolor psíquico, los vínculos identificatorios con los objetos y los mecanismos de sobrevida.

La pulsión de muerte es uno de los conceptos más controvertidos de la teoría psicoanalítica, motivo de conflictos por los apasionados apoyos y rechazos que ha concitado. No es éste el espacio para desarrollar una revisión de estas controversias. Sí para interrogarnos sobre el valor heurístico de la pulsión de muerte en nuestra práctica clínica actual. En especial, y en el contexto de esta presentación, ¿cuál sería su valor frente a aquellos casos límites que nos obligan a revisar nuestras concepciones sobre el narcisismo negativo y la destructividad?

Personalmente no encuentro hechos clínicos que me requieran incluir la existencia de una pulsión de muerte como una fuerza biológica, fuente de una destructividad primaria. Superada una concepción solipsista de la mente a favor de una concepción vincular, en la que pulsión y objeto constituyen un par indisoluble y mutuamente determinantes, serán las cualidades de ese encuentro con el otro y con la vida las que organicen el escenario del mundo interno y se constituyan en las fuentes del amor y del odio. A nivel psíquico los impulsos destructivos son aquellos que frenan la capacidad de desarrollo del sí-mismo en el encuentro con sus objetos.

Frente al impacto de las experiencias de necesidad y desamparo a las que la vida nos confronta la mente puede reaccionar por dos vías posibles:

- La ligadura de esa energía dentro de las mediaciones del orden del deseo y de sus representaciones , o
- La búsqueda de una pacificación- evacuación de esas tensiones, incluyendo hasta la aniquilación tanto de ese si-mismo que necesita y sufre así como del objeto exterior necesitado. En términos de Green, se trataría de un narcisismo negativo, mortífero, conducente al desinvertimiento de los objetos y aún de los vínculos . Una autodestructividad del deseo y del impulso a vivir y crecer.

Coincido plenamente con estas descripciones clínicas de Green, no así en su referencia última a un instinto de muerte.. A partir de las distinciones entre energía libre y energía ligada hemos aprendido mucho acerca del funcionamiento psíquico pero esto no implicaría en sí una conexión necesaria con una pulsión de muerte. Por el contrario, cabe comprender estas situaciones a partir de la interiorización de un fracaso en las relaciones objetales. La clínica de los estados límites y de las neurosis graves nos muestra a menudo la presencia de duelos inabordables, la presencia del objeto ausente y las defensas que esto moviliza. La imposibilidad del duelo hace obstáculo a los procesos estructurantes. Las dificultades para los procesos de integración a nivel del Yo serían la fuente de las patologías narcisísticas graves.

En un momento de su obra Freud habla del dolor como una pseudo-pulsión , al modo de una excitación que no cesa de estar presente y que proviene del interior del aparato. ¿Sería esta efracción brusca de una energía no ligable una forma equivalente a lo que luego conceptualizó Freud como pulsión de muerte? Dice Pontalis : ¿Cuál es este *resto* buscado con tanta honestidad y urgencia por Freud...?¿Qué es lo que está en sentido propio, “mas allá” del principio del *displacer-placer*, sino el dolor?

Este autor también subraya el hecho que Freud sigue el mismo modelo para describir el dolor físico y el psíquico: “como si con el dolor el cuerpo se transformara en mente y la mente en cuerpo. Para este yo-cuerpo o para este cuerpo psíquico , la relación continente contenido es la que prevalece”.

Recuerdo aquí la imagen de un paciente que, frente a un descubrimiento trágico e inesperado, cae sobre el suelo. Ese “yo-cuerpo” desvastado

pareciera haber buscado a través del contacto corporal con una superficie un sostén exterior que le permitiera intentar recuperar un sentimiento de sí.

Para concluir,

En esta revisión intenté destacar el lugar central que ocupa el dolor en el despliegue de fenómenos clínicos ligados a la destructividad.

Acuerdo con quienes plantean que la postulación de una pulsión de muerte pudo inicialmente haber surgido como un instrumento teórico defensivo frente a los límites en el desarrollo del psicoanálisis. Un intento de respuesta frente a nuestro no saber, el no poder acortar la distancia entre los territorios de lo pensable y lo impensable. Creo, además, que conlleva el riesgo de una toma de distancia emocional que no permita desplegar más plenamente una interacción transformadora en el espacio analítico. El dolor definido como una efracción narcisística, según el modelo enunciado para las neurosis traumáticas, requiere de la presencia de un otro como continente.

El dolor del desamparo no abandona jamás al ser humano. Existen siempre en nosotros núcleos de desesperación, más o menos encriptados, pero permanentes. La lucha contra el dolor estaría presente bajo todas las formas reactivas de violencia a nivel individual y social. Pero, en mi criterio, nada en la destructividad de estas defensas remite a la existencia de una pulsión de muerte sino por el contrario a la lucha por la sobrevivencia psíquica.

Creo que esta posición teórica abre un mayor acceso a las diversas manifestaciones, a menudo enigmáticas, de la violencia y de la tiranía en el campo de la psicología individual. Queda abierto igual planteo a la investigación de los fenómenos grupales en relación a los traumas sociales.

Palabras claves: dolor psíquico, sufrimiento, pulsión de muerte, destructividad, trauma puro.

